



DODDS PENNOCK, Caroline, *On Savage Shores: How Indigenous Americans Discovered Europe*. Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2024, 301 pp. ISBN: 9781474616928

Mario Graña Taborelli
University of London (Reino Unido)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1579-9225>
mjgrania@hotmail.com

El trabajo de Caroline Dodds Pennock forma parte de una historiografía crecientemente preocupada por otorgar visibilidad a personajes y grupos que han permanecido “al margen” en historiografías pasadas. Se centra en los viajeros indígenas quienes, voluntaria o involuntariamente, a lo largo de los siglos, emprendieron “el viaje en sentido opuesto”, como dice la autora, “descubriendo Europa”¹. Esas voces estuvieron silenciadas por mucho tiempo y el objetivo de este libro es facilitar el conocimiento de esos “indios globales o cosmopolitas”, devolviéndoles su lugar en el pasado. Apoyado en cartas, procesos legales, diarios y descripciones de esos viajes en cronistas de la época, y acompañado de muy bonitas ilustraciones, el libro nos cuenta varias historias de viajeros que arribaron mayormente a España y Portugal, y en menor medida a Francia e Inglaterra, como esposas/os, hijos/as, traductores/as, diplomáticos, sirvientes, criados/as y esclavos/as. Ellas y ellos cumplieron un rol primordial en el intercambio de productos y tradiciones, como asimismo y desafortunadamente de microbios, recordándonos que los europeos no fueron los “únicos en movimiento” en el mundo temprano-moderno². Los ejemplos son varios: los totonacas que viajaron a la corte de Carlos V; los taínos que se llevó Cristóbal Colón y su tripulación; los tupí y guaraníes que viajaron con navegantes portugueses. Algunos fueron embarcados por voluntad propia, y otros no. Llevados como objetos de curiosidad, o simplemente viajando como personas con curiosidad; buscando petitioner, o yendo en compañía de sus amos como esclavos; o como parte del contingente de algún conquistador u oficial real camino de regreso a Madrid, Lisboa o Sevilla, la autora busca recuperar la agencia de esos nativos transatlánticos.

El capítulo primero aborda el tema de la esclavitud teniendo a los indígenas viajeros como centro. La autora nos recuerda la transformación de poblaciones enteras indígenas en esclavos, sea por motivo de guerra, al haber sido adquiridos en “guerra justa”; o por haber sido “rescatados” de sus captores indígenas por europeos, con el pretexto de su salvación física y espiritual, aludiendo al peligro que corrían de ser “comidos” por sus captores antropófagos —una situación no siempre fácil de elucidar, ya que la evidencia de canibalismo es a veces muy escueta—. También nos habla de la evangelización, a veces forzada; y la sujeción de esas mismas poblaciones mediante variados regímenes de trabajo. La autora señala que, aunque los límites entre esclavitud, secuestro, coerción y persuasión son borrosos y difíciles de analizar a la distancia, la con-

¹ VAN DEUSEN, Nancy, *Global Indios: The Indigenous Struggle for Justice in Sixteenth Century Spain*, Durham-Londres, Duke University Press, 2015; DE LA PUENTE LUNA, José Carlos, *Andean Cosmopolitans: Seeking Justice and Reward at the Spanish Royal Court*, Austin, University of Texas Press, 2018.

² DODDS PENNOCK, Caroline, *On Savage Shores: How Indigenous Americans Discovered Europe*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2024, p. 19.

dición legal de los indígenas importaba y esto llevó a que muchos litigaran por su libertad en los tribunales ibéricos. Acordamos con la autora que la evidencia documental, a pesar de lo que la Monarquía Hispánica sostenía y buscaba, y por mal que a muchos hoy día les pese, señala una notoria presencia de esclavos indígenas en los Mundos Ibéricos. Como el libro insiste, esta es una realidad innegable. Como corolario al capítulo, la autora nos recuerda la horrorosa práctica de “marcar” a aquellos esclavizados en la cara u otras partes del cuerpo, cercenando identidades y, en consecuencia, derechos.

El capítulo dos aborda el tema de los intermediarios culturales o *go-betweens*. Se centra nuevamente en los indígenas, con un énfasis en aquellos que ayudaron a romper barreras diplomáticas y lingüísticas y que muchas veces no aparecen en la documentación. Muchos fueron secuestrados para entrenarlos como traductores. Otros asumieron ese rol voluntariamente. Una vez en Europa, adoptaron la religión y costumbres del Viejo Mundo, que luego transportaron de regreso a casa. Muchos fueron miembros de la nobleza indígena de sus lugares de origen y, como tales, representantes de su gente que actuaban como intermediarios con los europeos, a pesar de la descripción que la documentación hace de ellos como sujetos que fueron usados por exploradores e invasores para ocupar sus tierras. Como la autora muy bien nos recuerda, la vida de los *go-betweens* fue un equilibrio entre dos mundos, no perteneciendo en definitiva a ninguno³. Esas son también historias de esfuerzo, voluntarios o no, de integración. La presencia abrumadora de indígenas aliñados con la cultura europea, que por ese motivo son visibles en la documentación, es un ejemplo de esta situación; así como la historia de mestizos que voluntariamente —algunas veces huyendo de la justicia— se fueron a vivir entre las poblaciones indígenas; y de europeos, sobre todo mujeres y niños que, habiendo sido capturados por indígenas, acabaron viviendo y adoptando costumbres nativas. En los márgenes, “lo indígena” no estaba tan claramente separado de “lo europeo”, así que es difícil saber si aquellos pocos europeos que vivían en esos espacios remotos sentían que habitaban un mundo europeo o uno indígena. Finalmente, el libro nos recuerda de lo que es el ejemplo más paradigmático de los *go-betweens*: Malintzin quien, al oficial de intérprete de Hernán Cortés, logró asegurarse un porvenir para ella y sus hijos.

El tercer capítulo narra el destino de aquellos indígenas que se unieron a familias europeas, por casamiento o adopción, y acabaron viviendo en el Viejo Mundo. El carijó Essomeriq o Iça-Mirim; la tupí Guaibimpará; el hijo de Cortés y Malintzin, Martín Cortés; o Henrique Montes, quien vivió entre los guaraníes por una década; son ejemplos de una fluidez en las relaciones entre indígenas y europeos, al menos entre aquellos de los Mundos Ibéricos. La situación fue diferente entre los colonos británicos y franceses de América del Norte. La autora trae a colación que cerca de un tercio de los españoles que emigraron a las Indias tuvieron como acompañantes allí a mujeres indígenas, muchas de manera consensuada y otras no. Sin embargo, a menos que esas mujeres no fuesen miembros de la nobleza indígena, ellas rara vez pudieron emprender el viaje a Europa con sus familias mestizas. Muchas de las relaciones eran además informales. Otras acabaron al poco tiempo de llegar al Viejo Continente. Algunas estuvieron fundadas en la explotación y abuso físico y sexual. Otras en el amor recíproco. Como la autora admite, es difícil estimar la cantidad de indígenas que acabaron viviendo en la Península Ibérica. Sin embargo, la evidencia documental es inmensa. Quizás el caso más paradigmático sea el de una de las hermanas de Moctezuma, doña Isabel Moctezuma, cuyos descendientes aún viven en España. Uno de sus hijos, don Juan Cano Moctezuma, se casó con doña Elvira de Toledo, uniendo a la nobleza nahua y la castellana en una misma familia.

El capítulo cuatro nos lleva en un viaje por los intercambios materiales que trajeron Europa al Nuevo Mundo, y viceversa. Un mundo de productos que eran desconocidos en el Viejo Mundo, desde el cacao hasta el tabaco, se integraron a la vida de los europeos y forman parte de la nuestra hoy día. Del Nuevo Mundo salieron el 80% de la plata y el 70% del oro que el mundo entero recibió entre 1550 y 1800. Trasladados de otras cosmogonías y sistemas de valores, esos objetos se insertaron en sociedades que les otorgaron nuevos significados, alterando incluso las prácticas asociadas con ellos. Las poblaciones indígenas muchas veces aprendieron la lógica comercial de los europeos, desarrollando un espíritu empresarial inigualable. La autora nos recuerda la importancia de esa participación indígena en la adaptación, transformación y comercio de esos objetos con Europa. El impacto de las mujeres y la cocina en el desarrollo de una cultura culinaria que rápidamente combinó ingredientes nativos y europeos en las comidas servidas en las mesas de ambas partes del mundo. Este aporte, silencioso, es vital para comprender esos vínculos comerciales y culturales que trascendieron ambos continentes llegando a África y Asia.

³ *Ibid.*, 85.

El capítulo cinco narra los viajes de miembros de las élites nativas a España a pelear por derechos y privilegios, muchas veces sin éxito. Desde don Francisco Tenamaztle, cacique del sur de Zacatecas; a doña Francisca Pizarro Yupanqui, hija de Francisco Pizarro y la ñusta Inca Quispe Sisa; pasando por las autoridades de Tlaxcala, don Lorenzo Tianquiztlattohuatzin, don Valeriano Quetzalcoltzin, don Julian Quahpilzintli, don Juan Citlalihuitzin de Avalos, y Antonio Huitlalotzin; Juan Cortés, el cacique K'iche Maya; don Diego de Torres y Moyachoque de los Muisca; y don Pedro de Henao, las historias de estos viajeros de élite se repiten una tras otra. Estos indígenas itinerantes se acercaron a la corte de los monarcas hispanos para asegurarse mercedes, reconocimientos y recompensas, no solamente para ellos, sino además para sus linajes y los pueblos y ciudades de los que provenían y, al hacerlo, fueron pioneros en el empleo de leyes, transformándose en diplomáticos sofisticados. Muchos lo hicieron con apoyo de letrados y religiosos a los dos lados del Atlántico. La autora señala además que estas experiencias no fueron únicas de los Mundos Ibéricos, citando como ejemplos el tupinambá que viajó con el capitán William Hawkins y fue presentado a Enrique VIII; o aquellos tupinambá llevados por el misionero francés Claude d'Abbeville a la corte de Luis XIII en Francia. A pesar de los esfuerzos hechos por estos nativos para presentarse como representantes de sus comunidades y familias, muchos fueron tenidos por objetos de curiosidad, además de embajadores. Como indica el libro, Europa, con sus gobernantes y mendigos, opulencia y miseria, supuesta civilización y violencia extrema con sus ciudadanos, apareció a los ojos de algunos de esos viajeros indígenas como una "costa salvaje", además de un centro de gravitación política⁴.

El capítulo final narra el despliegue de indígenas como objetos de curiosidad, partiendo de la famosa entrada de Enrique II y Catalina de Médicis en Ruan, en donde la réplica de un poblado tupí, con nativos y actores pretendiendo ser nativos, fue teatralmente puesta en escena para agradar al monarca; pero también, como la autora interpreta, buscando reflejar la alianza política entre los franceses y los tupinambás en contra de los portugueses y otros nativos en Brasil. Esos indígenas eran además una presencia constante en la Francia del siglo XVI, debido al intenso tráfico de madera. Esta familiaridad era compartida por españoles y portugueses. Sin embargo, los viajeros nativos eran, aún más, una curiosidad en Inglaterra, donde muchas veces se transformaban en un espectáculo que atraía a multitudes; como los tres inuit llevados de la costa de Canadá a inicios del mismo siglo. El asombro, en algunos aspectos, era mutuo. Los indígenas nunca dejaban de sentirse impactados por las desigualdades materiales del Viejo Mundo, en donde pobreza y riqueza extremas coexistían. Esa acumulación de riquezas incluía los gabinetes de curiosidades, que comenzaron a transformar a las culturas indígenas en reliquias fosilizadas clasificadas en base a modas e ideas europeas reflejando prejuicios de la época. La autora sugiere que mediante la posesión y despliegue de objetos indígenas y pseudo indígenas, "América fue inventada para la imaginación europea"⁵. La herencia de todo esto se puede observar en bibliotecas, archivos y museos del Viejo Continente aún hoy.

En su epílogo, Caroline Dodds Pennock reflexiona sobre la actualidad de la historia de los indígenas viajeros del periodo temprano-moderno. La lucha por el retorno de objetos y cuerpos que aún se encuentran en los inventarios de museos del Viejo Mundo continúa. Otra lucha, por la visibilidad del pasado de la "gente de color" en Europa, también sigue. Se trata de descentrar nuestra mirada, repensar narrativas y buscar incesantemente en los documentos por esos pequeños retazos de historias que este libro ha sabido muy inteligentemente rescatar con una prosa amena y un conocimiento erudito.

⁴ *Ibid.*, p. 203.

⁵ *Ibid.*, p. 221.